

EL COLT ATOMICO

DURANTE más de diez años —confesaba últimamente un general americano— hemos vivido a la sombra de nuestro armamento nuclear. El país agresor estaba seguro de ser destruido al mismo tiempo que el país agredido. Nuestro paraguas ofensivo de misiles intercontinentales con cabezas nucleares era un freno a la guerra atómica. Pero semejante estrategia pierde cada día un poco más de su valor.

En efecto, los progresos de la tecnología defensiva y ofensiva han reducido considerablemente la eficacia de este paraguas: los soviéticos pueden fabricar en la actualidad, al igual que nosotros, armas capaces de parar en ruta las del enemigo; es un poco como si las balas de ametralladora fueran aniquiladas en pleno vuelo por balas de colt, más eficaces, más precisas y más rápidas.

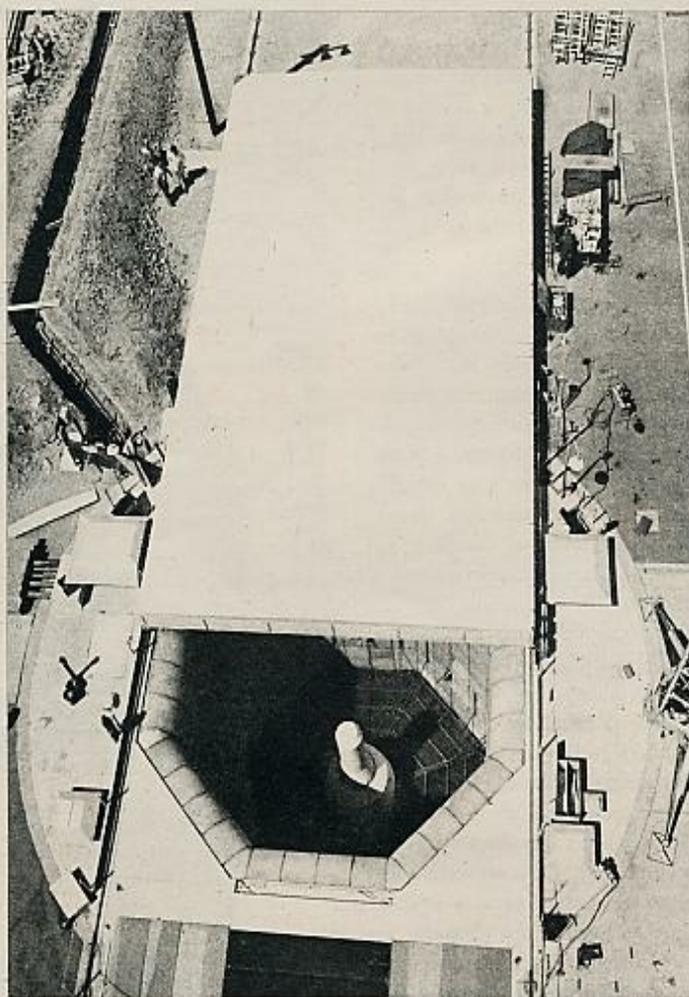
Estamos a punto de lanzar este colt paralelamente con los soviéticos: se trata del misil antimisil, el arma más extraordinaria de todos los tiempos.

Un cohete de socorro

Al principio el problema era tan sencillo como terrorífico. ¿Cómo interceptar, con un sistema basado en dos cohetes con cabezas nucleares y una red de detección-guía muy compleja, una o varias ojivas atómicas lanzadas a una velocidad de 24.000 kilómetros por hora?

Los americanos parecen haber dado con la solución de este problema. Según ellos, el mejor medio de destruir con seguridad un cohete, sobre todo si está dotado con varias cargas nucleares, es abatirlo con ayuda de una deflagración atómica. En efecto, en la frontera del vacío espacial, es decir, a más de cien kilómetros de altitud, una parte de la energía liberada por una explosión nuclear se propaga en el espacio bajo forma de rayos X. Al contacto con una ojiva atómica enemiga, esta energía electromagnética se transforma en calor. Para destruir un misil en pleno vuelo, bastaría, pues, con hacer explotar en su proximidad una carga nuclear o termonuclear que causaría desperfectos irremediables a sus componentes esenciales y haría que la ojiva quedara inutilizable.

El sistema antimisil americano está basado, ante todo, en el «Nike X» o «Spartan», construido por la firma Douglas. Este largo lápiz de tres pisos, de quince metros de altura, puede ir



a buscar hasta los seiscientos cuarenta y cuatro kilómetros el cohete enemigo y destruirlo mediante la explosión de su propia cabeza nuclear. El conjunto de «Spartan» constituye una primera línea de defensa, que tiene el inconveniente de no ser absolutamente infranqueable. En el caso de que las ojivas nucleares escapasen a esta primera barrera chocarían con el «Sprint», especie de cohete de socorro, al penetrar en la atmósfera terrestre; se trata de un ingenio que, en apenas una quincena de segundos, puede salir al encuentro de una carga atómica y destruirla a cuarenta kilómetros de altitud.

Pero sin cerebro, sin guía, el antimisil es impotente. Hay que poder dirigirlo con seguridad sobre su objetivo. Y, ¿cómo guiar un «Sprint» hacia una verdadera cabeza nuclear cuando ésta está rodeada de una decena de «señuelos», de falsas cabe-

zas atómicas? Los americanos no se han parado en barras para resolver el problema: quince mil ingenieros y técnicos se han tragado ya los dos mil millones de créditos previstos, y un sistema que comprende un radar revolucionario y un computador «Univac 1.218» que opera a gran velocidad está ya listo.

El análisis matemático, casi instantáneo, de todos los ingenios que aparecen agrupados sobre el horizonte permite distinguir las cargas militares de los «señuelos». También puede controlarse y guiarse en un tiempo record su interceptación por los «Spartan» o los «Sprint».

No habiendo sido realizada hasta ahora ninguna prueba de gran envergadura, se ignora el valor real del sistema antimisil americano, pero en razón de la probable existencia de un antimisil soviético, la fuerza de disuasión americana, compuesta de sete-

cientos cincuenta ingenios intercontinentales «Minuteman 1» y de doscientos cincuenta «Minuteman 2» ha perdido ya gran parte de su utilidad. El «Minuteman 2», dotado de una ojiva atómica de mil quinientas kilotoneladas —setenta y cinco veces la fuerza de la bomba de Hiroshima— puede franquear teóricamente doce mil kilómetros en media hora, pero el gobierno americano acaba de confesar que el cuarenta por ciento de los «Minuteman 2» no están en la actualidad en disposición de ser utilizados. La noticia ha producido —nunca mejor empleada la expresión— el efecto de una bomba.

En octubre último, las tres primeras pruebas se saldaron por otros tantos fracasos, pero poco después, en Cabo Kennedy, el noventa y cuatro con nueve por ciento de los ensayos habían parecido satisfactorios.

En noviembre, el «Minuteman 2» era lanzado por primera vez desde los silos de la base subterránea de Grand Forks, en Dakota del Norte: un fracaso en toda línea. Los especialistas registraban sucesivamente el mal funcionamiento de un sistema de control de las toberas, la avería de un componente electrónico de la central de dirección y el desfallecimiento de un sistema de armamento de la ojiva atómica, afortunadamente falsa. La mitad de los «Minuteman» han sido enviados después al taller de reparación de Autotronics, filial de la North America Aviation, con un presupuesto especial de varios millones de dólares para la puesta a punto de los sistemas defectuosos.

Los soviéticos poseen más de quinientos cohetes de alcance intercontinental, nuestra potencia de disuasión está averiada, pero disponemos del arma definitiva: el misil antimisil. ¿Es presumible que renunciemos a ella? Ni hablar, McNamara no podrá oponerse a ella indefinidamente, ya verá... nos ha dicho nuestro general americano. Los «duros», los «halcones», los fabricantes de cohetes que representan intereses considerables se han aliado, en efecto, contra McNamara: Debemos dotar al país de un arma verdaderamente definitiva, declaran. Pero su precio es tal que los Estados Unidos y la Unión Soviética han emprendido desde hace ya varios meses laboriosas negociaciones para evitar un gasto colosal calculado, sólo para los Estados Unidos, en más de cuarenta mil millones de dólares.

Si los misiles antimisiles estuvieron en manos de una sola potencia el

«equilibrio del terror» quedaría teóricamente roto, abriendo las puertas a una nueva crisis mundial. Este «des-equilibrio del terror» no podría, pues, ser evitado más que si los soviéticos y los americanos poseyeran ambos la nueva arma.

McNamara no quiere ni oír hablar de antimisiles. Prefiere apoyar la realización de un nuevo cohete revolucionario que los especialistas del Pentágono piensan que podría cambiar de raíz las coordenadas de la actual estrategia nuclear.

Desde hace veinte años, la concepción fundamental del cohete nuclear o termonuclear no ha evolucionado apenas. El misil está coronado por una ojiva atómica de potencia variable —de veinte kilotoneladas a cincuenta megatonas—. Lanzado desde un pozo subterráneo, desde un silo, el misil sigue una trayectoria vertical durante varias centenas de segundos, después adopta una posición horizontal que conserva durante todo el vuelo «balístico». Es la velocidad adquirida en el transcurso del vuelo propulsado la que permite franquear al misil, con todos los motores cortados, la distancia que le separa de su objetivo. Durante quince minutos el cohete sigue una trayectoria balística y larga, en el momento deseado, su carga mortal, que se lanza entonces a una velocidad de 240.000 kilómetros por hora.

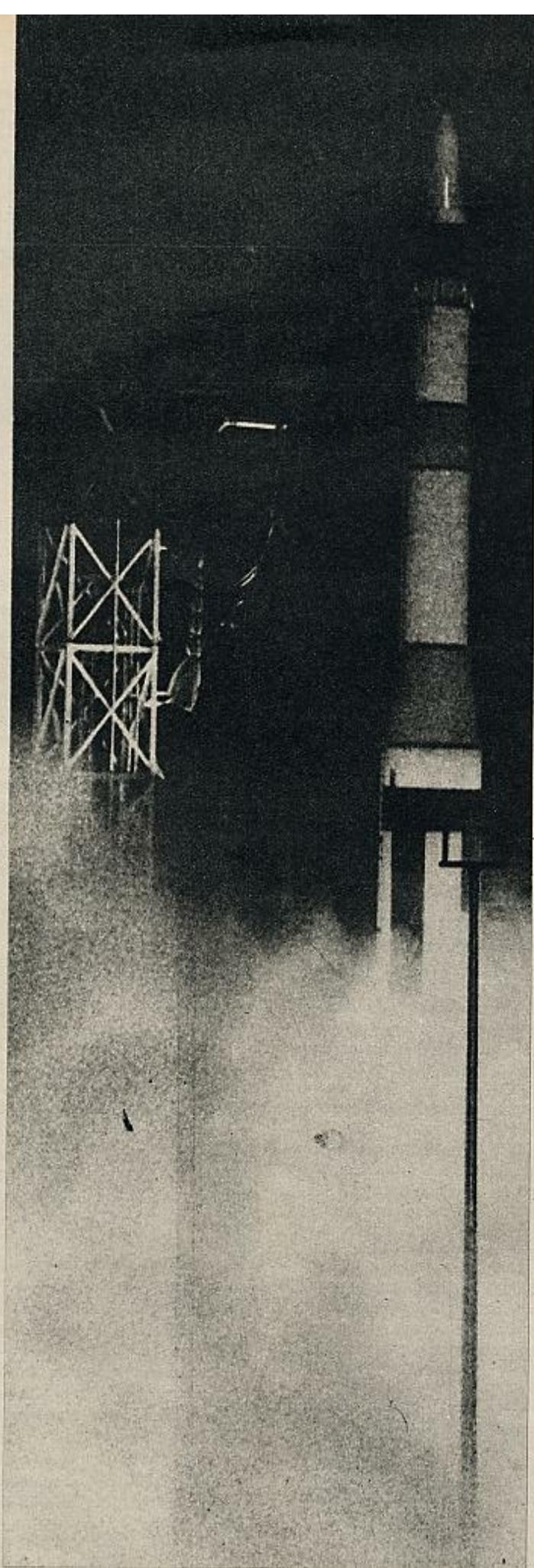
Esta concepción parece ya sobrepasada por el advenimiento del «cohete McNamara», capaz de modificar su trayectoria balística y de llevar consigo de dos a cinco cargas nucleares que pueden ser arrojadas en racimos o intermitentemente sobre el territorio enemigo; cada una de las cabezas va acompañada de varios «señuelos», destinados a sembrar la confusión en el enemigo. Al lanzar sus satélites de telecomunicaciones militares en racimos de seis, los americanos han adquirido en el Vietnam una gran experiencia de esta delicada técnica.

Cabezas verdaderas y falsas

Quienes son bombardeados deberán, pues, distinguir en unas milésimas de segundo las cabezas verdaderas de las falsas.

Este cohete podría ser perfeccionado hasta que se haga imposible interceptar simultáneamente todas sus cargas —acaba de declarar McNamara—. Esto no costaría más que diez mil millones de dólares y nuestra «force de frappe» recobraría al mismo tiempo su potencia disuasiva, al hacer inútiles los antimisiles soviéticos. Si realmente existen, serían capaces, en efecto, de parar una avalancha semejante de bombas atómicas, trucadas o no.

La ofensiva llevaría la delantera en este caso sobre la defensiva. Y dos clanes enemigos se atrincheran ya en el Pentágono y en el Senado americano. «Prosa» y «Antis» defienden como pueden su arma favorita. Los «duros» están resueltamente a favor de la instalación de una red de antimisiles



Los Estados Unidos y la Unión Soviética se encuentran actualmente ante una difícil disyuntiva: dar primacía a la consideración de ataque o a la consideración de defensa. En la foto, el «Minuteman», proyectil dotado de una ojiva atómica de mil quinientas kilotoneladas, base de la fuerza disuasoria americana.

que cubra el ochenta por ciento del territorio americano. «Pero —añaden— deberemos construir miles de refugios antiatómicos para protegerlos de los residuos radioactivos provocados por la explosión a baja altitud de nuestros propios antimisiles».

Una «mini-red»

China, convertida en potencia atómica, es igualmente una de las preocupaciones mayores de los militares americanos. A pesar de todos los medios de presión puestos en juego contra los representantes del Congreso y las campañas de prensa alarmistas sobre el armamento atómico de Pekín, que se multiplican desde hace varias semanas, McNamara, sólidamente atrincherado tras su mesa de despacho de Washington, rechaza la tesis de los «duros».

En caso de ataque soviético masivo —se dice en el medio que le rodea— el veinte por ciento de la población americana sería exterminado. Por otra parte, en el Pentágono se ha calculado que, en 1970, una guerra contra la Unión Soviética llevaría aparejada la muerte de entre ciento veinty cinco millones de americanos. La instalación de una red, por densa que fuera, de antimisiles no reduciría estas pérdidas sino a la mitad. Y McNamara piensa que la disuasión americana sería tan eficazmente mantenida con los cohetes de cabezas múltiples que convertirían en caducas todas las instalaciones soviéticas: Hagan lo que hagan, nuestros ICM (Improved Capability Missile) atravesarían sus defensas. Cuidadoso, ante todo, de no roer su presupuesto vietnamita, McNamara autorizaría, sin embargo, la construcción de una «mini-red» de antimisiles. La factura, en ese caso, no se elevaría más que a cuatro mil millones de dólares y la operación tendría la ventaja, sobre cualquier otra, de calmar a los «halcones».

La tecnología de las armas defensivas acaba de hacer tales progresos que una gran potencia puede teóricamente disponer de dos fuerzas de disuasión: la primera, capaz de destruir al adversario, un poco como el tanque que aniquila todo lo que encuentra en su camino; la segunda, destinada a parar las represalias del enemigo, como los petos de los griegos opuestos a las jabalinas persas.

Pero ninguno de los «Grandes» puede permitirse el lujo de las dos armas completas. Los Estados Unidos y la Unión Soviética se encuentran, pues, ante una elección difícil: realizar el tanque perfecto o el peto perfecto. Evidentemente, pueden equiparse de tanques sin cadena o de petos aguzados. Perfeccionar únicamente los medios de ataque preservaría el «equilibrio del terror»; realizar un sistema antimisil incapaz de proteger al cien por cien de la población lo destruiría.

Esto es lo que está en juego ante la decisión que pronto debe tomar el presidente Johnson.

JEROME PIETRASIK
(Fotos USAF)